



LA ORACIÓN SACERDOTAL DE JESÚS

Jesús pide que los unja con su misma unción mesiánica. Pide que no tengan otras ambiciones que estar al servicio del Padre y de la misión. Como él.

"Por ellos me santifico, para que también ellos sean santificados por medio de la Verdad" (Jn 17, 19).

Primero son santificados y luego son enviados, lo mismo que su Maestro. Sólo así la misión de los discípulos será eficaz y fecunda en el mundo. Desde su origen la Comunidad está marcada por la misión: ha de ser una Comunidad misionera porque la misma misión personal de Jesús se prolonga siempre en la Comunidad de discípulos.

Lo más profundo que vive Jesús, su unidad con el Padre, quiere que la vivan también sus discípulos.

"Y por ellos me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad" (Jn 17, 19).

El Padre es santo porque es la Fuente de toda santidad, y los discípulos serán santos en la medida en que, desde la vivencia de su filiación, se abran a su paternidad. Sólo así conocerán la medida sin medida del amor sin distingos, ni limitaciones del Padre. Santificar equivale a ofrecerse como víctima. Jesús se ofrece como víctima en la Cruz por ellos, con una muerte salvadora y santificadora. Todo es como una cadena de derivados. La muerte de Jesús en la Cruz equivale a consagrarse: consagrarse es igual a muerte sacrificial: y de la muerte sacrificial brota espontánea la santificación en la verdad.

"Te ruego por todos aquellos que por medio de la predicación creerán en mí."

Jesús, ¿qué pedías al Padre por mí?

¿Cuál era el contenido de aquella oración tan personalizada?

A.- ORACIÓN DE GLORIFICACIÓN (Jn 17,1-5)

Con su oración, Jesús nos va a desvelar algo de su intimidad con el Padre y a vivir nuestra propia relación filial con Dios. Comienza la oración por el gesto de elevar sus ojos al cielo.

"Dicho esto, Jesús levantó sus ojos y exclamó: "Padre, ha llegado la "Hora": Glorifica a tu Hijo para que tu Hijo pueda glorificarte" (Jn 17, 1).

Jesús penetra en su propia actitud orante: "El lugar de Dios"

"¡Padre!" Es la expresión oracional más tierna y cercana de Jesús. Lo llama así porque se siente lleno de la vida que el Padre le ha comunicado y porque vive una existencia dialogal continuada con él: por eso, "Padre", es la palabra primera que brota espontánea de su corazón.

"La Hora", primera palabra con que comienza Jesús su última Cena (Jn 12, 1). Lo esencial de esta "Hora" es su contenido: el acontecimiento de su Muerte y Resurrección. Muerte salvadora, como muerte a la vez que es del Hijo de Dios e Hijo del Hombre. La hora de la salvación universal (Cf. Jn 12,1.23)

"Glorificar a Dios" es reconocer a Dios como Dios, la densidad de su amor, el peso de su Presencia actuando aquí y ahora y en todos los tiempos de la Historia. La glorificación es el poder divino de Jesús sobre toda la humanidad, como Hijo de Dios y Mesías (3, 35), y lo que da sentido a su vida y a sus actos.

Jesús pide que los hombres reconozcan la paternidad de su Padre, a través de su amor vulnerable. Que reconozcan en su amor la Vida permanente y definitiva que es él, revelada a Marta en Betania (Jn 11, 25), y que posee desde toda la eternidad (Jn 1, 1) Pero sobre todo, que reconozcan que ese don se hace presente aquí y ahora, porque la Vida Eterna no es un más allá, sino un "aquí y ahora" que se puede y debe disfrutar con gozo en la fe, vivida con hondura en nuestra vida mortal.

"Y ésta es la vida eterna, reconocerte a ti, el único Dios verdadero y a tu enviado Jesús, el Mesías" (17, 3).

Jesús suplica al Padre la salvación de todos los hombres de todos los tiempos: la santificación de todos los cristianos por la vivencia de la Vida Divina (Cf. Ap 22,1). El agua viva y vivificante del Espíritu de Jesús Resucitado, que llega generosa y ubérrima a todos los huertos que están sedientos (Cf. Sal 63, 1).

"Yo te he glorificado en la tierra llevando a cabo la obra que me encomendaste: ahora, Padre, glorifícame tú a tu lado, dándome la gloria que tenía junto a ti antes de que existiera el mundo" (17, 5).

Jesús ha glorificado al Padre en la tierra, llevando a cabo la misión reveladora y redentora que el Padre le confió. La glorificación del Padre y su misión es la que da sentido a sus cortos, pero intensos y fecundos años de vida. Cada obra, cada Palabra de Jesús es Revelación y Redención. Por eso ruega ahora al Padre que lo glorifique con la gloria que tenía en su preexistencia. (Jn 1, 1-2. 1, 14). La Vida que Jesús quiere comunicarnos es el conocimiento personal, de relación y experiencia filial del Padre. Sólo puede reconocer a Dios como Padre el que vive como hijo suyo. Vida divina, vida bautismal, vida de la gracia, conciencia filial conciencia de ser y vivirse como hijo del Padre.

B.- ORACIÓN DE JESÚS POR SUS DISCÍPULOS (Jn 17, 6-19)

La misión de Jesús ha sido desvelarles el nombre de su Padre y su personal amor. Amor del Padre que el Hijo, hecho hombre, nos ha revelado y probado "*hasta el extremo*" (13, 1).

"Yo te ruego por ellos, no ruego por el mundo, sino por los que tú me has dado, porque te pertenecen" (Jn 17,9).

Comienza la oración de intercesión. Pide por los discípulos, propiedad del Padre que, como regalo, ha confiado a Jesús. Para que no se contagien de los valores anticristianos que vive el mundo. Que vivan la misma Comunidad de amor que viven el Padre y el Hijo. Necesitan del Espíritu para que los guarde de la oscuridad y de la muerte, ámbito en que se mueve el mundo.

Jesús no sólo pide la protección de los discípulos; "*Padre santo, protege con todo tu poder a los que me has dado*" (Jn 17, 11), quiere que "*ellos puedan participar plenamente en mi alegría*" (Jn 17, 13).

Estamos asomándonos a lo más hondo de la oración de Jesús, a lo que Jesús desea: que sus discípulos sientan y vivan: ésa su misma vibración de amor, a fin de que lleguen a ser y sentirse hijos del Padre, en comunión como y con el Hijo, porque viven la experiencia continua de su amor. (Cf. 1 Jn 1, 3).

La vida cristiana es lucha, pruebas dentro y fuera de la Comunidad. Pero el Espíritu Santo no sólo nos libra del mal, sino que nos ayuda a crecer en el bien.

"No te pido que los saques del mundo, sino que los defiendas del maligno. Ellos son tan extraños al mundo, como yo mismo" (17, 16).

Nuestro modo creyente de ser en el mundo será el conflicto, porque tenemos que realizarnos en un medio dominado por el Mal. Siempre tendremos tensiones y problemas, siempre la cruz.